

El encanto de los puertos

Por Marino Muñoz Lagos.



El largo litoral chileno invita a viajes maravillosos que van desde el sol de nuestro norte a las vecindades antárticas: ¿qué más puede esperar un soñador que anclar en sus puertos y recorrer sus calles endemoniadas? Porque, si observamos bien, un puerto que se precie de tal debe tener callejuelas inverosímiles, cerros de casas equilibristas, rincones sin luz ni horizontes y escaleras que alcanzan el vuelo de los pájaros.

Los marinos que suelen surcar muchos mares recuerdan siempre los nombres de sus puertos de origen, aquellos que asoman a la larga geografía con sus historias de amor y de amoríos. Chile es generoso para designarlos y no faltan en las reminiscencias viajeras esas andanzas por Valparaíso, Antofagasta, Talcahuano, Punta Arenas, Iquique, Puerto Montt, Lota, Tocopilla, Tomé, Arica o San Antonio, cada uno con sus anocheceres y amaneceres distintos, sus negocios misteriosos y esas rubias cervezas encima de los mesones solitarios.

Los poetas se parecen mucho a los marineros en el sentido de husmear en los rincones y sacar desde las páginas de un imaginario cuaderno de bitácora los altiba-

jos de una navegación o una aventura. El poeta Ramón Carmona coge su lira y sacando notas como chispas escribe un poema titulado "Crónica de Valparaíso", en cuyas líneas nos habla de este puerto de salobres hechizos:

"Hijo de la necesidad de ser, del amor, del milagro; / sin fe de nacimiento ni padre definido. / Poblada la memoria por tantos sinsabores y alegrías; / criando hijos, marinos, vagabundos, / hombres que ante el asedio hicieron sus murallas; / así fuiste creciendo a la orilla del mar. / Recuerdas tu velamen / guardado en los archivos de aduanas oxidadas; / tu pipa recomendada con anillos de plata; / tu chaquetón de felpa que roen las polillas; / tu ron de contrabando burlado a guachimanes; / tus novias acodando su duelo en las barandas. / Tanta cosa lejana forzando las aldabas del olvido, / ardiendo en las esquinas por la noche".

Los poetas van dejando en los puertos la caligrafía de sus viajes nunca realizados; por eso inventan itinerarios, extensas listas de ciudades desconocidas, mares perdidos en los mapas. La virtud de la escritura los trasladan de un lugar a otro de la tierra en aras de un fabuloso barco de hechicería.

Ahí van sus palabras como ecos del oleaje, en pos de terminales sin rumbos, de playas que ahogan las mareas y amores que succumben en las madrugadas.

Andando la costa de nuestro territorio es posible descubrir esos puertos que zarpan de la memoria con sus luces encendidas. Nos sabemos sus nostálgicos tripulantes en secretas singladuras, conocedores del pez y de las algas. Recorriendo la patria entera nos hallamos de pronto con el puerto de Antofagasta y sus calles de yodo y cobre puros. El poeta Salvador Reyes lo halla de pronto entre sus escritos, proclama sus virtudes de ayer inolvidables:

"Gringos comidos por la sal de los siete mares; / sonrisas gringas a través del tabaco importado; / raquetas de tenis, cuchillos, brújulas. / Bares siempre montando guardia; mujeres rubias, / mujeres morenas, naipes, trajes de baño / y cuerpos quemados por el sol brutal / de Antofagasta. / Una tierra para vivir y morir, / para soñar sin sueños en paz con la tierra, / para llorar el frustrado destino, / para entregar al corazón un secreto nocturno. / Puerto anhelante, iluminado, ebrio. /

Entre la acritud del mar y de la pampa, / escuchad la tonada triste y salobre / de Antofagasta".

Desde los puertos nos miran sus grandes bodegones, sus grúas bulliciosas, sus bares donde el vino sabe de arribos y de adioses. El litoral chileno está sembrado de puerto por donde entran los navíos de la noche en la forma de sus estrellas titilantes, poesía del cielo que navegan sus nubes. Por callejuelas ebrias de penumbras el amor deposita sus monedas. En los cerros se equilibran las casas para no caer al mar con los golpes de un viento endemoniado. Todo es azul en el vuelo de las gaviotas y el eterno vaivén del oleaje.